rales hizo que el partido comunista francés, por ejemplo, pasase de 151 diputados en 1945, conseguidos mediante el 26 por 100 de los votos, no tuviera ya más que diez diputados en 1959 cuando aún mantenía el 20 por 100 de los votos; es decir, que a una pérdida del 5 por 100 del censo electoral correspondió una pérdida de un 85 por 100 en el Parlamento.

En 1948, los comunistas en el poder en Checoslovaquia temieron que les iba a suceder algo parecido: que siendo mayoritarios en el país iban a ser expulsados del poder. Fue entonces cuando constituyeron un llamado «Parlamento popular», sacaron a la calle las milicias, contaron con la colaboración del ejército y la policía y terminaron con el régimen parlamentario. El presidente Benes aún aceptó que esta situación pudiese ser legal en el que junto a los comunistas aparecían ministros de otros partidos (cuatro social-demócratas, cuatro católicos y socialistas nacionales). Una nota de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos negó validez a este gobierno; en mayo, las elecciones dieron a los comunistas el 82,98 por 100 de los votos, pero desde occidente se negó que las elecciones hubiesen sido libres y desde el interior del país también: el presidente Benes dimitió sin firmar la constitución y los demás partidos fueron borrados. Todo había sucedido en medio de la indiferencia de la población; debida, en gran parte, a los avatares históricos que habían ya sufrido hasta entonces. Estos acontecimientos checoslovacos contrastan notablemente con lo sucedido, por ejemplo, en Hungría y en Polonia. En Polonia la mayoría parlamentaria correspondía a un partido no comunista, el populista de Mikolajczyk, el cual tuvo que exilarse del país ante la presión comunista; en Hungría, al partido campesino de Ferenc Nagy, que aprovechó un viaje oficial a Suiza, siendo presidente del gobierno, para no regresar más a su país. En los dos casos había tropas soviéticas de ocupación, cosa que no sucedía en Praga en 1948. Es decir, que de todos los fenómenos de «comunistización» de Europa oriental, el de Praga fue el que menos podía definir una situación de violencia.

En cuanto a la guerra fría, data de bastante antes. La intervención armada angloamericana en Grecia y en el Irán para evitar las revoluciones populares comunistas habían ya provocado enfrentamientos feroces en el Consejo de Seguridad; la conferencia de marzo de 1947 en Moscú para tratar de los casos de Alemania y Austria había dividido completamente a occidentales y a soviéticos; la doctrina Truman de contención es del 12 de marzo de 1947 —es decir, dos días después del fracaso de la conferencia sobre Alemania y Austria— y actúa directamente en Grecia y Turquía; el 5 de junio del mismo año aparece el Plan Marshall, en torno al cual forman coalición 16 países europeos; inmediatamente, Rusia resucita la «Kominterno», esta vez con el nombre de «Kominform»; a fin de año se celebra en Londres la conferencia llamada «de la última oportunidad», en la que los Cuatro discuten una vez más el caso de Alemania y no llegan a ningún acuerdo; y ya los Cuatro no se vuelven a reunir nunca más hasta la muerte de Stalin —aparte una breve y también infructuosa reunión en París en 1949— y están en oposición abierta en todo el mundo.

Ampliando conceptos, es posible asegurar que la guerra fría entre el mundo occidental y el mundo comunista arranca precisamente en 1917, en el momento del envío de cuerpos expedicionarios occidentales a Rusia para contener la revolución y de la oposición entre Lenin y el presidente Wilson de los Estados Unidos, y no cesa nunca: queda subyacente y latente durante los años de la guerra contra el nazismo —ya dijo Churchill entonces que se trataba de una «alianza con el demonio»— y sigue existiendo hoy bajo otras formas. El episodio de Praga no es más que uno entre muchos. Más que situarles como arranque de la guerra fría, se puede pensar que los acontecimientos de Checoslovaquia en 1948 fueron consecuencia de la guerra fría.

No deja de ser muy significativo que precisamente ahora, a los veinte años de lo que se llamó el «golpe de Praga» por aplicar una nueva fórmula semántica a la oposición de los dos bloques, rica en terminología, Checoslovaquia está haciendo esfuerzos por regresar a un régimen de libre oposición entre las ideas. Checoslovaquia fue entonces víctima de una situación de endurecimiento, similar a la del «comunismo de guerra» del que treinta años antes había hablado Lenin, y nunca lo aceptó más que como una forma provisional. El desplazamiento de Europa del frente de lucha abierta, del mayor frío de la guerra fría, está haciendo pensar a muchos checoslovacos que ésta puede ser la ocasión no de regresar a una situación parecida a la de antes de 1948, porque ni en la vida ni en la historia hay regresos posibles, sino de enfocar nuevas bases de convivencia, de discusión de temas y de pluralidad de opciones.

E. H. T.

JAPON

TERCERA POTENCIA

El Japón se enfrentó con la paz en condiciones adversas: había perdido el 40 por 100 de su industria y el 43 por 100 de sus tierras. En 1946, el producto bruto nacional era de 17 dólares por persona. Cuatro años más tarde esta cifra había subido a 132 dólares y en 1962 a 564. Todo hacía prever un desarrollo insólito, en absoluto comparable a ningún otro. Para 1977 su nivel de vida superará al de cualquier país europeo y en 1987 al de Estados Unidos. La omnipresencia de los Estados Unidos en las islas puede dar algunas claves de este despegue económico así como las condiciones de tutela y paternalismo en que se desarrolla la cultura japonesa de estos años. Dentro de la estrategia norteamericana en Asia «al igual que Gran Bretaña, Japón puede utilizar todo su territorio como un portaaviones insumergible... (Owe Latimore)». En cualquier caso, Japón se está configurando como la tercera gran potencia mundial, después de los Estados Unidos y la Unión Soviética, aunque la falta de armonía en el desarrollo puede comprometer la futura expansión. Los principales fallos del sistema son una producción agrícola insuficiente, unos sistemas de distribución anticuados, la pervivencia de pequeñas viejas empresas junto a los grandes complejos industriales y un retraso notable de la política de viviendas, escuelas y carreteras.